

Liliana Améndola

Detrás del viento



mayo 2010

Hubo un tiempo alimentado
con todo lo sombrío
con cuchillos de uranio
sobre gargantas rotas
con suspiros de batracios desgarrados
con rodillas calcinándose
entre fulgentes candelabros
con pupilas donde flotaban
cartílagos muertos
con bacterias tristes
como un vómito secándose
con encías embarradas
de excreciones sexuales
con flemas infantiles
en pañuelos solitarios.

Hubo un tiempo que todavía no acaba
y alguien puede dormir
porque el pelo abierto
de una muchacha ocupa sin pausa
todas las distancias de la noche.

Saúl Ibargoyen

Solamente me queda una sensación, una duda que me obliga a sacudir la cabeza. Eso hacemos todos cuando la conciencia pelagra, ¿no?, sacudimos la cabeza. Y después necesitamos afirmarnos algo. “No puede ser”, solemos decir. Algunas veces un “no” apenas susurrado, se fuga entre el fino espacio que dejan los labios incrédulos.

No importa lo que hayamos dicho o pensado, porque lo que sí es cierto y constante es lo sigue: giramos, damos la espalda y después lo que damos es unos pasos hacia afuera, lo que sea que signifique el afuera. El aire parece curarnos. Eso es. Nos faltaba el aire, y entonces respiramos desesperadamente, arrancando girones de nuestro entorno, y para nada importa que tipo de paisaje tengamos alrededor porque siempre es más seguro que volver sobre nuestros pasos.

Así nacimos la primera vez y así nacemos cada vez que disparamos de esas imágenes que la memoria nos obliga a olvidar. Lo cotidiano, lo familiar, lo coherente nos hacen pisar firme, nos quitan el vértigo y la náusea. Es eso, o la locura que dejamos atrás. ¿Quién nos prohibió elegir?

Y ahora, tú, si..., tú, que has visto lo mismo que yo ¿no sientes que has vuelto por un segundo a ser eterno?, ¿no te parece que prefieres el naufragio primordial donde nadie pretende una ley para el caos y todas las partículas son divinas?

Por si prefieres no darte cuenta yo te lo digo: alguien te está golpeando en la boca del estómago, está amasando tus entrañas con sus manos de ángel, te está arrasando los ojos para que te quedes un segundo en el lugar del que nunca debiste salir.

¿Reconociste por un segundo las imágenes que ella, en su sacrificio, rescató para nosotros?

¿Porqué, en este preciso instante, comienzas a sacudir la cabeza?

Juan Rodriguez Laureano



Liliana Améndola

Nace en Montevideo el 8 de octubre de 1976 en una familia de corte netamente artístico. Su abuelo fue el pintor Guiscardo Améndola, su tío abuelo el pintor Julio Verdié, sus tíos los pintores Jorge y Nelson Améndola. Dentro de ese fluir de olores, colores y música infaltables en el ámbito familiar, transcurrió su niñez y adolescencia.

Se inició en el campo de la poesía, editando su primer libro “Eclosión de Almendras” en el año 2003, con buenas críticas de los poetas Saúl Ibargoyen, Marosa Di Giorgio, Juan Tocci, Juan Laureano, Hugo Giovanetti, etc.

A la par de seguir escribiendo, comenzó a incursionar de forma autodidacta en diferentes ramas artísticas como la pintura y el collage.

Concurrió asiduamente al Café Montevideo donde se encontraba con el pintor Manuel Espínola Gómez y otros artistas que conocieron y elogiaron su obra, incentivándola a continuar en ella.

También recibió buenas críticas del artista Alfredo Testoni y el crítico Jorge Abbondanza, entre otros.

Realizó su primera exposición en el Teatro Florencio Sánchez en el año 2006.

Sigue trabajando en la ciudad de Montevideo, buscando siempre nuevas maneras de expresarse.

Notas biográficas de la familia

Laura Verdié

Dibujos de la tarde





Palabras para Laura. De Liliana.

Vigorosas y cansadas manos
sobre la mesa
abandonan las finas teclas
y esperan el llamado
de esfumadas figuras
con el llanto
 la risa
 la mueca
postales de otras sombras
de las tardes
de las noches
aquellas manos
hoy desgastadas
dejan los ágiles contornos
quedando para siempre
atrapados en las pupilas.



Laura Verdié Schivo

Nace en Montevideo el 25 de junio de 1905, en el seno de una familia acaudalada proveniente de la ciudad de Bearn, en los Pirineos Franceses.

Su infancia transcurrió en el barrio de la Unión, en la calle 8 de Octubre, donde vivía junto a sus padres y ocho hermanos.

De niña concurrió a la Escuela Sanguinetti donde conoció al que luego sería su esposo, el pintor y profesor Guiscardo Améndola.

Sus inquietudes artísticas derivaron hacia la música, recibéndose tempranamente de profesora de piano. Sus primeros trabajos fueron acompañando las escenas de las películas del cine mudo de aquella época.

También dio clases de piano a diferentes alumnas.

Al casarse, y con la llegada de sus cuatro hijos, se dedicó a las tareas de la casa, pero no por eso dejó su pasión por el piano, al que dedicaba su tiempo libre, concurriendo en los años cuarenta y décadas siguientes a escuchar los conciertos de los eximios músicos que llegaban a nuestros teatros (F. Gulda, G. Gould, H. Heeftez, etc).

Ya casados sus hijos y habiendo quedado viuda en el año 1972, comenzó a dibujar casi en secreto a la edad de los setenta y ocho años, siendo su obra avalada por sus dos hijos pintores y el amigo de la casa, el pintor Manuel Espínola Gómez.

Ahora salen a la luz dichos trabajos.

Falleció a la edad de noventa y cinco años, el 28 de diciembre del año 2000.

Notas biográficas de la familia



Uruguay Cultural
Dirección Nacional de Cultura_MEC

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Ricardo Ehrlich
Ministro

María Simon
Subsecretaria

Alejandro Zavala
Director General

Hugo Achugar
Director Nacional de Cultura

Mario Sagradini
Director del Museo Nacional de Artes Visuales

Liliana Améndola
Laura Verdié

Fotografía de obra: Oscar Bonilla



mnav

Museo Nacional de Artes Visuales

Tomás Giribaldi y Julio Herrera y Reissig
(598 2) 711 60 54 / 711 61 24 - 27
secretariamnav@gmail.com
www.mnav.gub.uy
Montevideo Uruguay

Líneas de ómnibus:

17 / 116 / 117 / 128 / 145 / 149 / 157 / 174
182 / 192 / 199 / 300 / 405 / 407 / 522 / 582

Horario del Museo:

Martes a domingo de 14:00 a 19:00 horas